

«En el ciclo musical de homenaje a Albéniz, que hoy comienza en el Ateneo, interpretará Alicia de Larrocha toda su obra fundamental.»

«La figura de Isaac Albéniz es muy conocida y paradójicamente, apenas se ha escrito sobre él.»

ESTA noche comienza en el Ateneo el ciclo musical en homenaje a Isaac Albéniz, con intervenciones de Alicia de Larrocha y conferencias de Antonio Fernández Cid. El crítico musical de nuestro colega "ABC" ha preparado concienzudamente su trabajo y una vez más muestra al público esa intimidad humana y esa grandeza artística de músicos famosos, con las pinceladas más sinceras de documentación y anecdótico.

—¿Qué le ha impulsado a desempolvar el recuerdo de Albéniz?

—Dos circunstancias importantes. Una, que este año se cumple el medio siglo de su muerte, y otra, que en 1960 hace cien años que nació. Las dos efemérides coinciden con el curso actual.

—¿Qué piezas se han escogido para interpretarlas?

—En el ciclo musical de homenaje a Albéniz, que hoy comienza en el Ateneo, interpretará Alicia de Larrocha toda su obra fundamental. Desde la marcha militar, que compuso a los ocho años, hasta los "Azulejos", que dejó sin



terminar, pasando por la "Suite Iberia" íntegra.

—¿Cuántos ciclos ha organizado en el Ateneo?

—Hasta ahora, diez. Este de Albéniz pretende ser hermano del que se celebró hace tres años en recuerdo de Granados.

—¿Forma frecuentemente equipo con Alicia de Larrocha?

—Ya hemos actuado juntos en quince conferencias-concierto. Como compañero de trabajo es extraordinaria, porque se presta a todo y tiene un repertorio increíble. Yo prefiero una estrecha colaboración entre el intérprete y el conferenciante.

—¿Cómo distribuirá su trabajo en las cuatro conferencias?

—El primer día, en la parte inicial, trazaré un perfil humano de su personalidad y una referencia de sus obras; en la segunda parte un prólogo sobre lo que se interpretará a continuación. Y en los demás días conferencias sobre su figura como compositor, sobre la "Suite Iberia", y sobre cómo se ve a Isaac Albéniz cincuenta años más tarde de su desaparición.

—¿Quiénes han opinado sobre él?

—Desde Oscar Esplá, que representa a la madurez triunfadora de la actualidad, hasta García Abril, que llega como la juventud preparada y activa.

—¿Le ha sido difícil recoger la historia de Albéniz?

—He hallado algunas dificultades, sí; porque la figura de Isaac Albéniz es muy conocida y, paradójicamente, apenas si se ha escrito sobre él. Las tres primeras partes del ciclo llevan un tra-



bajo personal de investigación, y la última, juicios y testimonios de hombres representativos de la música.

—¿Qué reacción observa en el público que le escucha en Madrid?

—Respeto y deseos de conocer cosas nuevas de la música. Le voy a contar una anécdota que refleja la educación y el interés del público. El año pasado, en el ciclo en homenaje a Haydn, quedó la sala completamente a oscuras en plena conferencia. Tras una breve espera pregunté si deseaban que continuara, y al responderme afirmativamente estuve once minutos hablando sin el más leve ruido ni interrupción.

—¿Cuál ha sido su conferencia más difícil?

—En el Liceo, de Barcelona, sobre Mozart, con tres mil personas en la sala y a doscientas cincuenta pesetas la butaca. Y de las que conservo mejor recuerdo por su emoción, cualquiera de las sesenta que pronuncié en Centroamérica sobre música española.

DIGA AHORA LO QUE QUIERA

—Lo que más admiro de Albéniz es su ambición de altura y su valentía al enfrentarse con un medio ambiente que seguía unos caminos muy cómodos.

Cuando Fernández Cid habla, improvisa su charla. Y necesita de un gesto del espectador, de una sonrisa, o de una mirada seria, para tomar el rumbo seguro hacia un final adecuado y brillante.

Julián NAVARRO

(Fotos Guillén.)



EL PIANO HERIDO

Tendrá que perdonar Alicia de Larrocha si al tropezarla, cosa que sucede muy de tarde en tarde, no la interroga sobre sus éxitos ante el gran público de los conciertos. ¿Para qué —me digo— si a la zaga de nuestra pianista galopa el encendido entusiasmo de los melómanos? Alicia se defiende del halago colocando sobre sus ojos burlones el rubio antifaz de la ironía y retruca con el desdén de no conceder a su tarea la menor importancia. Que esta mujer menuda y vivaracha, con aire de maestra de escuela en disfrute de vacaciones, se endose el título de sucesor de Ricardo Viñes y alcance rango europeo me obliga a situarla al lado de Paderewski, quien, en su gloriosa ancianidad, fatigado ya de pulsar los rutilantes pianos del fin de siglo, escaló por sus méritos artísticos la presidencia de la República de Polonia; y de Rubinstein, un predestinado para los nocturnos y valsos chopinianos y las acrobacias instrumentales de Liszt, que alanceado por el resplandor impresionista de la moderna música española tuerció su trayectoria nórdica y se convierte en egregio intérprete de Albéniz y Manuel de Falla.

Cabe preguntarse, ante todo, que es, aparte de dominar la técnica, el oficio, un intérprete en música. Se dice pronto la palabra intérprete y hasta se nos antoja que su recia fonética exuda acción, movilidad y osadía. Mas es el caso que, a pesar del descrédito actual del vocablo, la música necesita intermediarios. Sin la intervención de estos personajes la música es simplemente un papel rayado y tiznado con unos signos de traza misteriosa y cabalística. Porque la obra de un compositor no será nunca tema de crítica, valoración o vulgar entretenimiento sin un intérprete en función del cual nuestros oídos perciben el clamor poético de un alma apasionada y el hechizo de un momento fugitivo de la historia.

El mundo musical es un laberinto intrincado y confuso donde penetramos iluminados por la amortiguada luz de los iniciados. Oswald Spengler, el gran pesimista de la cultura, había de irritarse por el hecho de que el tránsito de las generaciones, por tremendo error de educación, entendié el arte, no como organismo, sino como sistema, y a este error persistente achaca desgracias innúmeras. Tengo para mí que sólo los que conciben la música como palpación histórica de un cuerpo vital están preparados para recibirla, y sólo los intérpretes que arañan el espíritu del compositor, que yace trémulo, sin contactos con nuestro tiempo volandero consiguen emotiva profundidad. No podremos escuchar la polifonía barroca de J. S. Bach sin chapuzarnos en esa atmósfera de religiosidad protestante de que nos habla con singular aploma Wilhelm Dilthey. Quien se extasie con "La tombe de Cuperin", de Maurice Ravel, ha de reparar "El cementerio marino", de Paul Valéry. Y quizá sea más sencillo interpretar a Bela Bartok, a pesar de sus dificultades técnicas, que por otra parte permiten amplio margen al escamoteo y al trueque, que a cualquiera de los románticos, cuyas notas nítidas y ritmo elástico, por oleadas, exigen una pasión rayana a veces con el furor. Es el relativismo de la vida y de la cultura.

El intérprete no es un filósofo de la historia, ni un historiador de las ideas, ni un musicólogo repleto de datos y de recetas, pero ha de abrir con su estilite el sombrío recinto de la personalidad de un compositor, y ha de punzar un organismo vivo. La intuición, como tantas veces en los matemáticos, parece ser su senda de conocimiento. Un extraño estrechamiento metafísico le transforma en el más delicado coleccionista de adivinanzas. Este es el fenómeno extraordinario de Alicia de Larrocha: zambullirse en la bruma del tiempo para adivinar su aliento lírico, aprehenderlo y hacerlo saltar entre las cuerdas del piano para que los oyentes columbrems lo que pudo acontecer, lo que pudimos haber oído. Pues la música envuelve como transparente celofán, la cultura que cruza y los apetitos de los hombres que mueren con deseos insatisfechos de permanencia.

Vaga esta temporada Alicia de Larrocha torturada por la preocupación. El hijo de ingleses que trocó el textil por el piano falleció hace unos meses y Alicia asume la dirección de la academia que fundó Enrique Granados. La herencia del dúo Granados-Marshall palpita en sus manos. Yo comprendo los temores de Alicia, pero quien ha visto su disciplinada labor quien ha contemplado sus horas de dura brega sobre el piano con sus discípulos sabe que el vacío de Marshall está cubierto por una figura universal. Siempre el destino de los grandes maestros ha sido el alto magisterio de interpretación y de virtuosismo.

Nadie en el país ha ordenado como Alicia de Larrocha el silencio. Porque la música no es solamente ritmo, melodía, armonía y timbre, sino también una administración perfecta de silencios. Alicia hiere el piano a fuerza de patetismo y de mutaciones. Por eso sus audiciones suenan de otra manera; como el pájaro alcanzado por la perdigonada que se desploma entre trinos patéticos y silencio asimismo patético. En el fondo, la música constituye una serie de sonidos montada sobre una leve estructura de silencios. Esta lección, Alicia de Larrocha la sabe de memoria. — Alvaro RUIBAL